

YO FUMO
PARA OLVIDAR
QUE TÚ BEBES
Martín Casariego

Siruela Policiaca



Martín Casariego

**Yo fumo para olvidar
que tú bebes**

Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: octubre de 2020

En cubierta: fotografía de © Johan Swanepoel

Diseño gráfico: Ediciones Siruela

© Martín Casariego Córdoba, 2020

Autor representado por

MB Agencia Literaria

© Ediciones Siruela, S. A., 2020

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 978-84-18436-18-5

Conversión a formato digital: María Belloso

La serie de Max Lomas está dedicada
a los que quiero y a los que me quieren.
Creo que, felizmente, son los mismos.

*Van Horne suele encender
los cigarrillos
que H. fuma
y luego deja pasar el tiempo
contando los pasos del humo.*

PEDRO CASARIEGO CÓRDOBA,
La canción de Van Horne

1

La conocí en Madrid, un fin de semana libre, en el bar de copas en el que por entonces ella trabajaba de camarera. Estábamos en primavera, detalle intrascendente, pues a las historias de amor cualquier estación les sienta bien. En cierto modo todo comenzó allí. La piel, las canciones, los tiros. El mundo, mi vida.

Todo.

Fue en 1988. Lo que cuento aquí sucedió, pues, hace ya muchos años, en una época más libre y salvaje, como el jinete de la película de Jane Fonda. En algunos aspectos mejor; en otros, peor. Los de piel fina deberían tenerlo en cuenta. Eran los tiempos del fin de la Movida, y todavía se oían en los bares y en las radios canciones en las que el estribillo era, por ejemplo, *Ayatollah, no me toques la pirola*, y títulos como *Los chochos voladores* o *Me gusta ser una zorra*. ¿Y qué decir de una letra como la de *Sí, sí*, de los Ronaldos? Hoy sería un escándalo.

Yo iba solo, como de costumbre. Al abrir la puerta me llegaron los primeros acordes de *Good vibrations*, de los Beach Boys. *Ahhh... I love the colorful clothes she wears...*

Y la vi.

Fue verla y que me hiriera un rayo que todavía no ha cesado. El bar estaba bastante concurrido, pero para mí fue como si solo estuviésemos nosotros dos.

Elsa tenía veinte años y yo, veinticinco. A esas edades, ella se creía que tenía derecho a ser feliz y yo empezaba a dudarlo. Y sin embargo fue entonces cuando encontré la felicidad.

Me duró dos años.

No está nada mal. Hay felicidades que duran segundos.

Si la hubiera visto Ariosto, habría dicho eso de que la naturaleza la hizo y después rompió el molde. Tenía una bonita melena rubia y vestía falda escocesa, blusa blanca y unos zapatos rojos con tacón, más apropiados para atraer las miradas de los varones que para trabajar tras una barra. Mi primer impulso fue huir. Los cinco siguientes, acercarme. Probé un recurso desesperado: imaginarla con cincuenta años. Con sesenta. Con setenta. No surtió efecto. Hasta entonces me había enamorado dos veces, una en el colegio y otra en la universidad. Pero aquello que sentía ahora era nuevo y sospeché que, en realidad, nunca me había enamorado. Desvié la mirada. No quería enfrentarme a sus ojos. No quería saber su nombre. Quería huir. Quería saber su nombre. Quería llevarla a mi pensión.

Se acercó para atenderme. Soy un imán para las mujeres, y más si son camareras. Era delgada y tenía los ojos verdes, de ese verde que a veces se vuelve azul o gris, de ese verde que te hace dudar si es azul o gris, y entonces la chica saca la errónea conclusión de que no te fijas de verdad en ella. Su cara resplandecía, alegre, pero, me pareció, dejaba traslucir que había sufrido. Según Oscar Wilde, en el amor comienza uno por engañarse a sí mismo y a veces logra engañar al otro.

Tenía que engañarla.

—Hola.

Me quedé callado, mirándola. No por aplomo, sino por deslumbramiento.

Mirando su mirar ardiente, honesto. De todas las sentencias que he escuchado acerca del amor, una de las pocas que salvaría es la de que existen los flechazos. ¿Han visto alguna vez, en cámara lenta, cómo una bala traspasa tejido animal? Es algo así.

—Hola —repitió, sin saber disimular del todo su impaciencia ante mi silencio—. ¿Quieres algo?

—Supongo que no te descubro América, pero tengo que decirlo: estás bárbara.

—Es que me llamo Bárbara La Marr —me vaciló.

Tenía un aire a Ava Gardner, aunque en rubia. La cara alargada, la expresión de los ojos algo burlona, la boca grande y los labios finos, los pómulos marcados. Delante de mí, nunca nadie sacó ese parecido. Igual solo yo se lo encontraba.

—¿Tu segundo apellido es Debuena?

Era una broma de la época, en la línea de Almodóvar y Patty Diphusa.

Se le escapó una sonrisa.

—Imbécil. Me llamo Elsa.

Que accediera a decirme su nombre era un buen augurio.

Compensaba lo de «imbécil». Aunque quizá incluso lo de «imbécil» fuese un buen augurio.

—Yo, Max.

—Bueno, Max, ¿vas a tomar algo? A ese lado de la barra os divertís, y a este trabajamos.

—Un ron con Coca-Cola, Elsa.

Seleccionó la botella. Ahora sonaba *Always on my mind*, de Pet Shop Boys. Me gustaba, aunque soy de los que prefieren la versión original.

La de Elvis.

—*If I made you feel second best, girl I'm sorry I was blind*
—cantó para sí misma.

O quizá para mí.

—¿Por qué me miras así? ¿Tienes algún problema con mi voz?

—Claro que tengo un problema con tu voz.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

—Que me gusta.

Si a esa música se le sumaba la banda del tintineo de los hielos, el sonido del ron cayendo sobre ellos, las burbujas del refresco estallando, el efecto era fantástico.

Bueno: lo era, sobre todo, por ella.

—¿Qué nombre es ese de Max? ¿Maxwell?

Se mezclaban en su pregunta la intención y la ingenuidad, de modo semejante a como ocurría con su forma de vestir.

—Máximo. Máximo Lomas, para servirte.

—¿Me tomas el pelo? ¿Máximo Lomas, Máximo Lo Más?

—Me miraba sonriendo con los ojos—. ¡Venga ya! Es un chiste, ¿verdad?

—Si lo es, es de mis padres. Me limito a intentar hacerle honor. Conocí a una chica que se llamaba Dolores Mento, y la llamaban Lola, claro...

Me dejó con la palabra en la boca. Lo lamenté, aunque también la disculpé. Tenía que atender un montón de gargantas sedientas. Tenía que seguir poniendo copas a un ritmo infernal.

Así que continué escuchando la música, bebiendo e imaginando cómo era aquella desconocida a la que acababa de conocer. Entre copa aquí y copa allá, *maquíllate, maquíllate*, intentaba no perder el tiempo cuando me concedía algunos segundos.

—No tengo novia.

—Pena, penita, pena —se burló—. La música, alegre, que la tristeza ya la pone el mundo.

Y ya estaba dándose la vuelta para irse y dejarme abandonado.

No tenía corazón.

—Ponme una margarita, por favor. Ya sabes, bien de sal en los bordes. ¿Y quién ha dicho que no tener novia sea triste?

No conseguí retenerla ni un instante. Pero al menos tenía un motivo para volver. Lo hizo al cabo de unos minutos, con el cóctel. Di un trago, tras chupar un poco la sal del borde de la copa.

—¿Cómo está?

Antes de contestar, di unos sorbos.

—La estoy deshojando. Me gusta, no me gusta. Me gusta...

Me miró molesta. Aún tenía el corazón blindado.

—¿Te han dado plantón, con lo resalao que eres? Me cuesta creerlo.

Se fue al otro lado de la barra, donde la reclamaban dos chicas. Y así iba pasando la noche, trago a trago, yo cada vez más bebido y más enamorado.

—Voy a darte un consejo —le dije, la siguiente vez en que tuve ocasión de hablarle—: cástate con alguien que te quiera mucho.

Es el tipo de consejo que uno da cuando está borracho.

Ella, rápida, me puso la mano delante de la cara, mostrándome un anillo abrazado a su anular.

—Ya lo he encontrado. Yo también he venido sola, pero estoy casada. ¿Y tú? ¿Polígamo?

Lo decía por los anillos que adornaban mis manos. Dos en la izquierda y tres en la derecha.

O las reforzaban, cuando había que repartir estopa.

—Creo que acabo de hacerme monógamo.

Llegó un quinqui algo más joven que yo, vestido a todo lo que daba. Fue a la barra y llamó a Elsa, que se acercó. Él le cogía de la mano, del brazo, y ella se lo quitaba de encima como podía. Parecieron discutir. La cosa no pasó a mayores y el pretendiente, enfadado, se marchó. Moscones revoloteando alrededor de Elsa había muchos. Pero ese había sido el único en transformarse en pulpo.

Confiaba en que a mí no se me pudiera catalogar de moscón.

Pero en realidad eso no dependía de mí. Dependía de que le gustara o no a Elsa, pues un galán no es sino un moscón que le gusta a la chica. Es el amor de la chica lo que le convierte en galán.

Seguimos coqueteando. O yo intentándolo, atornillado a la barra, mientras ella atendía a la clientela. Una conversación intermitente.

—No te hagas ilusiones, Max: me gustan rubios.

—Y a mí morenas, Elsa. Pero ya ves, el amor escribe caminos rectos con flechas torcidas.

Ahora sonaba *Cuatro rosas*, de Gabinete Caligari.

Muy original, me imaginé que Elsa llevaba unas bragas rosas.

Pensar algo así es como oír el toque de corneta: ha llegado el momento de la retirada.

Justo a tiempo: era la hora del cierre. Aguardé a que recogiera y a que le pagaran. No me costó mucho aguantar las severas miradas del encargado. Asumí hace tiempo que el mundo está lleno de perros del hortelano.

—Vaya, eres de los que no se rinden fácil, ¿verdad? —me dijo, bolso en mano.

—Verdad. Pero solo cuando merece la pena.

Se despidió de las otras dos camareras y del encargado, y se dirigió hacia la puerta. La seguí. En la calle la temperatura era agradable, aunque ni de lejos tanto como estar cerca de ella.

En una esquina, una pareja de yonquis compraba una dosis a su camello.

Había un pobre hombre en la acera, con algunos paquetes de pañuelos de papel, al lado de otro que vendía bocadillos. Elsa se acercó al de los pañuelos, al que le faltaban un brazo y varios dientes.

—Hola, rubia, ¿ya para casa?

Elsa le dio un billete de cien, el marrón con el músico calvo como un huevo.

—Me da pena —me confió—. Siempre le compro uno, aunque no los necesito.

Nada más decir eso, estornudó. Se echó a reír.

—¡Vaya, igual sí los necesito! Bueno, ¿y tú? ¿Quieres aprovecharte de mí, verdad?

—No, eres una mujer casada —dije con sorna—. ¿Me crees tan malvado?

—No. —Marcó una pausa, antes de agregar—: Te creo más.

—Vamos a tomar algo para que veas que soy muy bueno.

—Estoy cansada.

Casada y cansada. Quiso la lengua castellana que únicamente hubiese una letra de diferencia.

—¿Otro día?

Dudó un momento.

—Vale. El jueves que viene, que libro.

Trabajando a quinientos kilómetros, el día no me venía muy bien.

Pero quedar con ella me venía de maravilla.

—De acuerdo. ¿Aquí mismo? ¿A las nueve?

—A las diez. Ya cenados. Pero no te lo creas, ¿eh? Hoy me has pillado con las defensas bajas.

Nos miramos.

—No estás tan buena como te crees...

Era cierto: estaba mucho mejor.

—Pero reconozco que me encantas.

Iba a acercar mi cara a la suya, cuando me puso la mano en el pecho. Había adivinado mis intenciones. No era necesario ser la sibila de Delfos.

—Alto, prefiero que no me beses.

—Si ya nos hemos besado.

—¿Y eso?

—El primer beso se da siempre con los ojos.

—Pues entonces ya vas servido, Max.

—¿Y por qué no quieres que te bese con la boca?

—Porque... ¿Y si me gusta?

Sin darme tiempo a replicar, se dio la vuelta y comenzó a alejarse taconeando. Era un espectáculo hermoso, aunque

se estuviera distanciando. Cuánto más lo sería si estuviera viniendo. La vi perderse por la calle, sin volverse para mirar atrás.

Pena, penita, pena.

No pude regodearme mucho en mi tristeza. Una sombra se proyectó sobre la acera y se detuvo a mis espaldas. Parsimonioso, como si fuera un aventajado alumno del yoga hatha, me volví.

Era el quinqui con el que había discutido Elsa. El pulpo. Nos miramos en silencio. Desde luego, yo no iba a empezar ninguna conversación. Y si creía que me amedrentaba, iba listo.

Al final habló él.

—Te gusta la juerga, ¿a que sí? Ya es un poco tarde, ¿no?

Cuando me hacen dos preguntas tan seguidas dudo a cuál contestar primero, así que permanecí callado.

—Soy el Jari.

Mi cuerpo me pedía decirle «Encantado», pero callé.

—No quiero que vuelvas a este bar. Por tu salud, ¿eh? Te puede sentar muy mal.

Como vio que me obstinaba en mi silencio, agregó, amenazante:

—¿Entendido?

Seguí las lecciones de Maharishi Mahesh Yogi y me di la vuelta sumido en un mutismo transcendental.

Emprendí el camino hacia mi pensión, buscando la luna en el cielo.

La encontré. Fue fácil. La luna llena solo sabe jugar al escondite los días nublados. Blanca, espléndida, reluciente.

Pensé que quizá Elsa la estuviera observando también en ese preciso instante.

No era un pensamiento muy original.

Pero, en mi caso, constituía toda una novedad.

Como la mayoría de mis colegas, solía ir con ropa ligera, deportiva, para pasar desapercibido.

Escolta privado por resolución del Ministerio del Interior, tras un curso de cuatro meses. Protección integral, dinámica y estática. Técnicas de seguridad en vehículos, conducción evasiva, defensiva, ofensiva. Caravanas e itinerarios.

Vestía normalmente vaqueros, una camisa, chaqueta, gabardina o abrigo, según el tiempo, y unas deportivas, por si había que correr.

La observación como fuente de información y técnica disuasoria. Las estrangulaciones. Defensa contra ataques de puño y pierna. Técnicas de proyección.

Ahora bastaba con la camisa. Y la chaqueta, veraniega, de lino, para disimular el arma. Era un magnífico día de primeros de junio, soleado, no del todo habitual en San Sebastián. Un sitio curioso, donde los guardaespaldas los necesita la oposición y no el Gobierno, observaba el profesor.

Mi protegido, que ya había cumplido los sesenta, tenía buena pinta. Era más bien alto, delgado, con el pelo castaño corto, no tanto como para que no pudiera hacerse la raya a un lado. Solía vestir informalmente, aunque con coquetería. Sus ojos eran azules, a veces penetrantes, a veces soñadores, y usaba gafas de miope y de vista

cansada. Dos semanas atrás, se había quedado absorto observando una silla desvencijada junto a un cubo de basura y había murmurado: *Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt.*

Por vanidad, por hacerme el listo, por evitar que diera por hecho que ser guardaespaldas equivalía a carecer de cultura, dije:

—Hay lágrimas en las cosas que conmueven el alma mortal. Virgilio.

Me miró estupefacto.

—Una posible traducción, entre muchas —reaccionó.

Aunque pusiera esa pega, a partir de esa fecha me regalaba citas y me trataba con mayor familiaridad; tampoco excesiva, pues era un hombre reservado.

Casi tanto como yo.

En cualquier caso brotó así una cierta complicidad entre nosotros, o una mutua simpatía. Me sentía más cerca de él que de mis colegas, pese a que, a la vez, ambos éramos conscientes de que nos separaba una línea que ninguno iba a franquear. Porque no sería lo correcto y, también, porque en el fondo ninguno lo deseaba.

La Constitución española. La infracción penal. Técnicas de primeros auxilios.

—Cuando yo era chaval, iba con mis colegas de fiesta y hacíamos siempre el mismo circuito, primero el Chapas, luego, a eso de las dos, el Charlis, y para rematar, a las cuatro, el Chambelán, ahora caigo en que todos empezaban por che, de joven no caes en esas cosas, ¿cierto, ahijado? Y en el Chambelán siempre estaban las tías más buenas. Un día dijo el Nandi, tenías que haber conocido al Nandi, era como un caracol, rastrero y baboso, pero tenía su gracia, ¿y por qué no empezamos por el Chambelán, que es donde de

verdad hay material de primera? Y lo hicimos, ¿y sabes qué pasó?

Nuestro protegido no era ni gobierno ni oposición. Era, simplemente, un profesor universitario que no se callaba ante el terror. Y por ello necesitaba escolta para que no le metieran un tiro en la nuca. Por sostener, recurriendo a Schopenhauer, que las religiones, y el nacionalismo era una de ellas, son como las luciérnagas, que necesitan la oscuridad para brillar.

—Pues que las del Chambelán eran igual de callos, lo que pasaba era que nosotros llegábamos más cocidos. Esa noche aprendimos mucho de la vida, y eso no te lo enseñan en la universidad, así que deja de presumir con que empezaste Bellas Artes y con que acabaste Filología.

El que habla de forma tan basta no es, claro, el profesor, sino mi compañero, Alfredo García. Su incontinencia verbal a veces me divierte, a veces me harta y a veces me ofende. Y entonces querría su cabeza. Me ha preguntado por mis estudios, le he contestado y no le ha hecho gracia. Solo se sacó la EGB. A los catorce años se puso a ayudar a su padre en una sastrería. Él es el único que lleva siempre traje, por chulería y como homenaje a su padre.

—Si un día conoces al Nandi y te propone ir de campin, dile que ya tienes plan, una vez fui con él a La Pedriza, se pasó la noche tirándose pedos, le daba igual dormido que despierto, si no abro la cremallera morimos asfixiados, tengo que presentarte al Nandi, cuando quieras quedamos y nos echamos unas risas, ¿este fin de semana?

—No hay prisa, Fredo.

Abandoné muy pronto Bellas Artes porque comprendí que no tenía verdadero talento. Casi ningún pintor lo tiene, pero yo me negué a llenar de más cuadros inútiles un mundo infestado de ellos.

Descubrí, en el centro de Johannesburgo, que en cambio sí valía para la acción.

Acabé Filología, pero el suceso de Sudáfrica me había marcado. La frase del Eclesiastés, «Quien ama el peligro, perecerá en él», se me antojaba más una invitación que una advertencia. Y por apartarme de mis padres y por seguir mi camino me hice guardaespaldas.

Habíamos estado antes en la Universidad del País Vasco, a las puertas del despacho del profesor y del aula en la que había impartido una clase de Filosofía. También a la universidad había llegado el terror. En el pasillo, junto a la puerta de su despacho, habían pintado sobre un fondo azul un hacha con la serpiente enroscada y las siglas de la banda terrorista. La obra de arte tenía el tamaño de la puerta. Para hacerla se habían tomado su tiempo, y nadie lo había impedido. Tampoco el rector se molestaba en ordenar que la borrarán. Llevaba allí un mes. Hasta llegar al despacho se pasaba por un rosario de pintadas, «PRESOAK KALERA», caras con una diana y las siglas del PSOE o de AP, «INDEPENDENTZIA SOZIALISMOA GORA ETA», «ETA ESKERRIK ASKO!».

Incluso había una pintada personalizada: «TE METEREMOS UNA BALA POR EL ANO HABER SI TE GUSTA».

Él se lo tomaba con humor, y yo le admiraba por ello.

—Estos vándalos deberían leer a Aristófanes, que dice que donde se está bien, allí está la patria. Me duele más ese «haber» que el mensaje. Pensar que lo haya escrito uno de mis alumnos me produce escalofríos.

Desde la facultad se llegaba a La Concha en un santiamén por la avenida de Tolosa.

García y yo estábamos en la terraza del Hotel de Londres. En uno de los urinarios de los aseos había un adhesivo con

una arañita, y a García le gustaba «disparar» contra ella. También le gustaban los que tenían cubitos de hielo, para derretirlos.

Uno acaba conociendo bastante íntimamente a un compañero de trabajo, sobre todo si no se calla ni bajo el agua.

Bueno, también se aprende mucho de los silencios. Como comprobaría más adelante, García llegó a conocerme muy bien.

Mejor que yo a él.

El profesor nadaba cuarenta metros mar adentro. Cuando alzase la mano, nos acercaríamos a la orilla, pues significaría que el baño había concluido. García y yo permanecíamos vigilantes, atentos a cualquier comportamiento extraño o sospechoso. Si un varón — descartados niños y ancianos— se aproximaba a nuestro protegido, uno de nosotros dos se internaba unos pasos en la arena.

Nadaba despreocupada, alegre, anárquicamente. Resultaría facilón decir que se le veía como pez en el agua. Así que diré que era como si estuviese regresando a la infancia.

Aunque puntualmente había cambios de turnos, casi siempre mi pareja era García. Pasaba con él, pues, muchas horas. Medía 1,78, algo menos que yo, tenía cuarenta y dos años, diecisiete más que yo, unas manos grandes como mazas, nariz de exboxeador, lo fue a los dieciocho, cuando, según su expresión, repartía hostias como panes. Tenía una barba densa, cerrada, que se afeitaba una o dos veces al día, y en cambio empezaba a escasearle el pelo en la cabeza, lo que combatía con escaso éxito echándose minoxidil y otros potingues.

El profesor seguía bañándose. Ahora hacía el muerto, dejándose mecer por las olas. Unas gaviotas le sobrevolaron, chillando con las alas desplegadas.

Me pregunté en qué pensaría, haciendo el muerto en el mar, un hombre amenazado por ETA. ¿Pensaría, como yo, en que las estrellas y las letras rojas del Hotel de Londres parecían salpicaduras de sangre?

—Pues es un tío que ha hecho mucho dinero, no es un pringado, y su mujer, imagínate si estará buena que me casaría con ella aunque me prohibiera estrictamente a rajatabla ver a otras. Total, que estamos de parrillada en su chaletón en Montepríncipe, y le digo «carbón y whisky, parecen mis Reyes», ¡no veas cómo se destornilló de risa! Creo que estoy haciendo muy buenos contactos para el futuro...

Apenas habían pasado dos días y no veía el momento de volver a estar con Elsa.

Mientras me dirigía a la cita no las tenía todas conmigo, pero veinte minutos después de que yo llegara, allí estaba, resplandeciente. Eso sí, con cinco minutos de retraso. En cuanto a mí, había seguido la máxima de Nelson. Para ganar una batalla, llega quince minutos antes que el enemigo.

Y allí estaba el enemigo. Con una aliada. Inferí que trayendo carabina quería dejar claro que no era una chica fácil.

Casada, sí. Pero fácil, no.

—Me gusta mucho cómo vistes —solté de buenas a primeras.

Era cierto.

—Tú lo que quieres es acostarte conmigo.

También eso era cierto.

—Además de guapa eres inteligente.

La amiga seguía la conversación moviendo la cabeza, como en un Borg-McEnroe.

—¿Sabes qué? Cuando lo consigas, si es que lo consigues —se apresuró a matizar—, perderás la ilusión por alcanzarlo. Por cierto, te presento a Blanca.

Mi nombre ya se lo debía de haber dicho.

—Hola.

No hizo ni ademán de darme un par de besos para saludarme, así que el esfuerzo de adelantarme e inclinarme

lo hice yo. Bueno, así paliaba mi descortesía de haber tardado en saludarla. Llevaba un peinado entre gracioso y grotesco, raya en medio y el pelo recogido a un lado y a otro en dos rodetes. Solo con muy buena voluntad uno se acordaba de la Dama de Elche y no de las orejas de Minnie. Bueno, quizá fuese influencia de la Princesa Leia.

—¿Ya has cenado, no?

—Sí.

—Chico obediente —se burló—. Pues vamos a tomar una copa. Pero aquí no. —Señaló el bar en el que trabajaba—. En la competencia.

Seguí sus pasos hacia un bar que estaba en la otra acera, treinta metros más allá. Caminaba derecha, erguida, majestuosa, irradiando seguridad. Había que bajar unas escaleras. El ambiente era húmedo y el olor no muy agradable. Al menos la música me gustaba (Fischer-Z, Ramones, Blondie, Bruce Springsteen, The Cure), y las paredes estaban llenas de fotografías enmarcadas de actores de la época clásica de Hollywood.

—¿Te gusta el cine?

—Mucho.

Sacó un cigarrillo de una cajetilla de Dunhill y me miró con él entre los dedos, esperando. Blanca observaba, con un brillo de adoración en los ojos. Yo solía llevar un mechero, así que le di fuego.

—A lo mejor un día podemos ver una película juntos —dijo, coqueta.

—Elsa podría ser actriz si quisiera —intervino Blanca—. Fue Miss Villaverde 1984. ¡Era la más guapa con diferencia! Imagínate, hubo una que se la chupó a dos del jurado y ni con esas, se tuvo que conformar con Miss Simpatía. Ese microdetalle lo dice todo.

—¿Y cómo sabes eso?